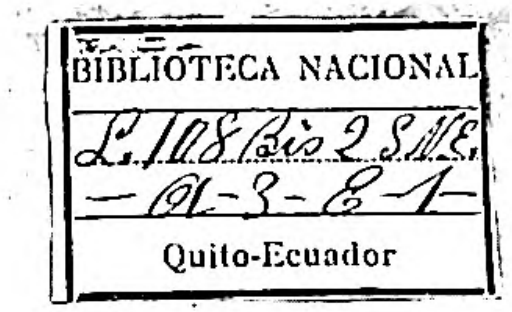
www.flacsoandes.edu.ec



Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

2

EL TERREMOTO,

DRAMA EN TRES ACTOS

Leyenda sobre la destrucción de Patate, acaecida el 4 de Febrero de 1797, a las siete y media de la mañana.

Antonio Rodríguez Flor.

Arreglado por el Jefe de Cantón

Tip. Editorial Chimborazo.-Quito.-1926.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº 6851 AÑO 1991
PRECIO DONACION
0002147—J.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

EL TERREMOTO

DRAMA EN TRES ACTOS

Leyenda sobre la destrucción de Patate, acaecida el 4 de Febrero de 1797, a las siete y media de la mañana.

Antonio Rodríguez S. Pbro.

Patate, Febrero 4 de 1926.

QUITO

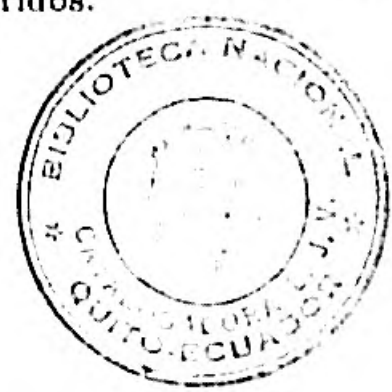
Tip. Editorial Chimborazo

1926

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

PERSONAS:

P. Mariano García O. P.	Luis Antonio Viteri.
Carlos.	César Cepeda.
Lucía.	Enriqueta Cepeda.
Diego.	Quintiliano Cepeda.
Juan.	Luis Araujo.
Pedro Vera.	Juan Sánchez.
Ana.	Angélica María Soria.
Daniel.	José Reinaldo Cárdenas.
Ramón.	Arturo Cárdenas.
Pastorcito.	Luis Cárdenas.
B Darquea, Corregidor.	Isaías Cárdenas.
Padrinos:	
Juan Herdoiza y señora.	Ricardo Cárdenas y Carmelina Vasco.
Hija del Corregidor.	Blanca Vasco.
Muertos y heridos.	
Pueblo.	



Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Este improvisado Drama lo dedico a mis queridos patateños, como sencilla flor de sus vistosos huertos, llenos de suave aroma y magnífica fragancia.

Bien saben ellos que, al principiar la Quincena del Señor del Terremoto, en un instante de entusiasmo, para dar mayor solemnidad a la fiesta que se celebra cada año, el 4 de Febrero; me vino la idea de escribir este Drama; porque no teníamos otro a la mano para hacerlo representar. Y lo compuse, en efecto, en ocho días, en las breves horas que, de las 9 de la mañana a las 6 de la tarde, me dejaba libre el ministerio. Apenas estaba escrito el primer Acto, cuando apareció impreso el programa de la fiesta, que dió alas a mi pesada pluma para volar en la escritura. Conforme escribía, iba repartiendo papeles a los actores, que se lucieron brillantemente en la representación, con ser tan estrechos los días, que tuvieron para el aprendizaje.

Nacido para Patate, no tiene mi pobre Drama valor para presentarse en los aris-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tocráticos salones de las ciudades; porque no le adornan sino campesinas galas, y carece de riqueza y gallardía literarias.

Si quieres pues, sencillo Drama, vivir vida tranquila y descansada, escucha lo que Lucía dice a Carlos:

No te vayas de este suelo,
Vive aquí, donde has nacido,
En este jardín florido,
Bajo este límpido cielo.

Para escribir este Drama me apoyé en un hecho histórico y en leyendas, conservadas, por tradición, en este pueblo de Patate.

El hecho histórico está narrado así por el P. Mariano García, Predicador General de la Orden de Santo Domingo y Cura entonces de Patate:

«*El día cuatro de Febrero a las siete y media de la mañana aconteció.... Formidable y nunca visto terremoto, con cuyo.... estremesimiento se arruinó la Iglesia y todos los edificios totalmente quedando en sus ruinas la mayor parte de los pobladores, escapando milagrosamente de ellas el Cura y algunas pocas personas haviendo estado ya sepultados y hamás de esto, murieron sepultados, considerable número en el desplome del Sero de la frontera del Pueblo qe. despedasándose vino a cubrir medio Pueblo; de manera qe. el número de muertos así del Pueblo como de las Hasiendas y su destrito pasa de trecientos veinte. el mismo estrago pade-*

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cieron los demás Lugares y Pueblos particularmente la Billa de Riobamba donde murieron muchisimos así Sacerdotes como Nobles y pleveios quedando cuasi decierto el Lugar. Tacunga. Hambato, Pelileo y otros Pueblos padecieron la misma trágica y lamentable suerte con copioso número de muertos, unibersal perdida de vienes así muebles como raises pr. el total deterioro de ellas. y para mayor abundamiento de nuestra congoja y desastrada suerte se originó el abernos visto presisados a desamparar el arruinado y yainavitable Pueblo y abernos acogido a este quebradiso, estrecho e yncómodo terreno de Pytula donde tenemos formada una cortísima y mala población de medias chasuelas y una pobre y desaliñada Capilla donde tenemos colocados al.....y Sor. Sacramentado las sagradas imágenes de Ma. Sa. y demás Ss hasta que su.....Magestad usando de su misericordia ynagotable..... y se apiade de nuestra miseria..... en que nos hallamos fluctuando.. formiddable inundación de la.....hallan represadas en barias partes.....en quebrados peñascos que le estorba... y desastrada.....y Divina Misericordia de su ynfinito amor y Clemencia.....Sea notado esta lamentable tragedia en esta libro para que conste a la posteridad y los sucesores vibientes nos encomienden al Sor en este sitio de Pytula 24 de Febrero de 1797.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

VIII

Fr. Mariano García

Predr. Gl. y Cura» (1)

Las leyendas son las siguientes:

1a.—Estando para celebrarse un matrimonio con un forastero de Huano, sobrevino, en la mañana del 4 de Febrero, un horrendo terremoto.

2a.—El Señor del Terremoto fué encontrado en un llano de la Merced, gracias al sonido de una campanilla, que oyó repetidas veces un pastorcito. Históricamente no he podido, hasta ahora, precisar la fecha de este feliz hallazgo; pero para os fines del Drama, la pongo inmediatamente después del terremoto, en tiempo del P. García.

3a.—Vivía. en Yataquí, un rico llamado Mazorra, avariento, miserable y enemigo de los pobres, a quienes les hacía correr con los perros cuando iban a pedirle caridad. Una vez que fué así maltratado un infeliz mendigo desconocido, dijo éste sollozando: Después de pocos días se hundirá esta hacienda con su dueño.

Aunque las aguas del caudaloso Patate permanecieron represadas hasta el 4 de Mayo, con todo, para la trama de "El Terremoto", las hago desbordar, con la fantasía, en el atardecer del mismo 4 de Febrero. Horrendamente sublime fué el desbordamiento de un mar crecido de

---

(1) Archivo parroquial.-Libro II de Bautismos, folio 11.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

aguas, desde la altura de más de 350 metros. Con lo que no quedó ni siquiera huella de lo que fué el antiguo Patate.

El nuevo está edificado unos 3 kiló metros al Norte, lejos y muy encima de la orilla izquierda del río.

El Autor.

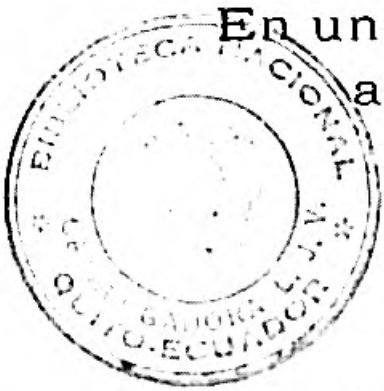
Patate, Febrero 4 de 1926.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

EL TERREMOTO

ACTO I

En una casa principal del antiguo Patate.



ESCENA I

Lucía—Ana

Ana. ¿Por qué lágrimas, Lucía,
Aparecen a tus ojos?
¿Qué es lo que te causa enojos,
En el mundo, prima mía?

Lucía. Secretos son que en el alma
los tengo bien encerrados.

Ana. Pues los secretos contados
Producen alivio y calma.

Lucía. Pero mejor es callar,
Y a solas su desventura,
Con lágrimas de amargura,
En el silencio llorar.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ana. Donde hay amor no hay secreto,
Y amando, Lucía, estás;
Y aunque tú me negarás,
Que yo sé, te lo prometo.

Lucía. ¿Cómo?

Ana. Porque de tu bodas
Ya en el pueblo se murmura,
Y, para hablarte, locura
Ha dado a las gentes todas.
Tambaleándoles las piernas,
Turbia la flaca mirada,
La gentuza emborrachada
Habla de tí en las tabernas.

Lucía. ¿Qué pueden decir de mí?
Que mi padre el casamiento,
Sin dar yo consentimiento,
Hizo con quien odio.

Ana. Sí;
Pero se habla mucho más.

Lucía. Si no fueras tú, curiosa,
A hablar con gente chismosa
Nada dijeran jamás.
La lengua imposible atar
De esta incomprensible gente,
Como sería al torrente,
Con sútil seda atajar.
Si pasara yo encerrada,
Sin ver ni la luz del día,
Ya dijeran que Lucía
Por algo vive guardada.
Y si a la calle saliera
A dar un corto paseo,
Por este justo recreo,
Me llamaran callejera.
Si con un joven me vieran

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En la calle saludar,
Con este joven dijeran
Lucía se va a casar.
Y si algún otro pasara
Por el pie de mi ventana,
Por este paso sólo, Ana,
Ya la gente murmurara.
Y si se ha de realizar
De mi padre el pensamiento
De encerrarme en un convento,
Aún así han de murmurar.
Así que, no es maravilla
Que el vulgo atrevido y necio,
Con insolente desprecio,
A mi honor ponga mancilla.
Difícil es agradar
A gente desocupada,
Que sabe siempre, menguada,
Por oficio murmurar.
De las tabernas, sorpresa
No me dá; que el aguardiente
Convierte a la mejor gente
En demonios sin cabeza.
Esas tiendas de licores,
Donde el trago es siempre eterno,
Son remedos del infierno,
Donde hay diablos detractores.
¿Y qué es lo que el pueblo, ahora,
Dice en las calles y casas?

Ana. Unos dicen que te casas
Por la plata tentadora;
Pues es rico, añaden, Juan,
El hijo de Pedro Vera;
Y otros, que en un calavera
Has puesto todo tu afán;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Que desprecias el dinero
Por un triste molinero;
Y que le niegas tu mano
Al hombre rico de Huano;
Mas otros, sin miramiento,
Te llaman desobediente,
Y que Don Pedro inclemente
Te va a mandar a un convento;
Porque le amas con pasión
Al nieto del molinero
Habiendo dado primero
A Don Juan tu corazón.
Qué más se querrá la ociosa,
Dice por allí la gente,
Tener del oro la fuente,
Caballos, casa lujosa.
Seguramente está loca,
Que no quiere el casamiento
Y prefiere en el convento
Cubrirse con negra toca.
Ella, que es tan delicada,
De carácter altanero,
Con un pobre molinero
Quiere entolvar la cebada.
Y así, por este camino,
No se atina a qué quedar;
Pues todo en tí es desatino
En este estrecho lugar.

Lucía. Desatino muy grande es
Querer, sin mi voluntad,
Rompiendo mi libertad,
De Juan ponerme a sus pies.
Juan ,bien sabes, es de Huano;
Y aunque posee dinero
Es un pobre forastero

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A quien no daré mi mano.
Hombre de muchos amaños
Debe sin duda de ser
Quien principia a encanecer
Y pasa de cuarenta años.
No siento por él cariño,
Desprecio su casamiento;
Mientras que con mi contento
Le amo a Carlos desde niño.
Sin haberme consultado,
Sólo por conveniencia,
La terrífica sentencia
De casarme han decretado.
Mi padre con el de Juan
El matrimonio arreglaron
Y las bodas concertaron
Con acelerado afán.
Ya todo arreglado está,
Y al sacrificio mañana
Me llevan sin piedad, Ana;
Pero imposible será;
Porque le amo con delirio
A Carlos, desde mi infancia;
Porque rosa sin fragancia
Sin él soy; y es un martirio
Pensar en que lejos de él
Mi existencia ha de pasar
Sin poderle ni mirar,
Sujeta a un destino cruel.
No; no es posible; y consiento,
Antes que con Juan casada,
El vivir bien sepultada
En los muros de un convento.
¡Ay! el cuatro de Febrero
Va a ser para mí bien triste,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y mi pecho se resiste
A sufrir dolor tan fiero.
Una carta esta mañana
De mi Carlos recibí;
Pero bien lo sabes, Ana,
Que no sé leer ¡ay de mí!

Ana. Ni yo las letras entiendo,
Trazadas en el papel;
Que es como vivir muriendo
Con muerte espantosa y cruel;
Pero espérame, aquí, un rato,
Que le traeré con afán
Al hijo del sacristán,
Que aprendió a leer, en Ambato.

ESCENA II

Lucía.

No puedo yo comprender
Porqué suerte sin ventura
No se enseña la lectura
Hoy en día a la mujer.
¡Cómo se descuida España,
La madre de hazañas grandes,
De estas flores de los Andes,
Con inexplicable saña!
Pues, le quita a la mujer,
Que crece, bella, escondida,
La hermosura de a vida
Con el arte de leer.
La razón de este descuido
Es de oír; que es un primor:
Para que no entre atrevido,
Con las letras el amor.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Falsa razón, en verdad;
Porque sin saber yo leer
Me hace el amor padecer
Con inmensa actividad:
Como que es mi pecho fragua,
Que enardecido se inflama,
Como la gigante llama
Del plateado Tungurahua.
Sabiendo leer ¡con qué encanto!
Diera yo misma lectura
A estos rasgos de hermosura,
Trazados talvez con llanto.
¡Ay! Carlos mío, te adoro.
Mi bien y mi pensamiento;
Sin tí mi vida es tormento,
Y sin esperanza lloro.
Unidos los dos crecimos,
Y, por la amena pradera,
Al aire mi cabellera,
Alegres los dos corrimos.
Y por estrecho camino,
De flores con los aliños,
Nos íbamos los dos, niños,
A jugar en el molino.
Y ahora es tal mi desventura
Que la fuerza nos separa
Y violenta nos prepara
Horrorosa sepultura,

ESCENA III

Lucía, Ana, Daniel.

Ana. Aquí le traigo a Daniel.
Lucía. Estudiado tú en Ambato
¿Puedes decirme, en ~~un~~ rato,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lo que dice este papel?

Daniel. (*Riéndose*) Já, já, já, já.
Lo mismo que está diciendo
La gentuza callejera;
Que anhelas ser molinera;
Que estás por Carlos muriendo;
Que es Carlos un pobretón
Y nieto del molinero;
Que si tiene un pantalón
No tiene otro el pordiosero.

Lucía. No te he llamado para eso.

Daniel Que tu negro desatino,
Como piedra de molino,
Te va a moler hasta el hueso.

Lucía. Lee.

Daniel. Ya voy.

Lucía. Pronto.

Daniel. Espera.
Pero en fin, ya nadie atina
Que quieras cargar harina
Durante tu vida entera.
Y, yo añado, como amigo,
Que tus preciosos momentos
Serán para arrear jumentos
Y para ahechar el trigo;
Que tu afeite más vistoso
Para tu cara divina
Será el polvo de la harina
Del molino quejumbroso.

Ana. Muchacho más charlatán
En mi vida he conocido;
Lee: no seas valido,

Daniel. ¿Y si sabe el pobre Juan?
¡Ay! del novio, que delira

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Por una loca mujer,
Que estrellas le ha de hacer ver,
Porque por otro suspira.

Lucía. Lee, pillastro, al momento.

Daniel. Mejor fuera, bella ingrata,
Ya que no quieres la plata
Que te fueras a un convento.
Y hablando en serio; mejor
Que quieras al molinero,
Y no al rico forastero,
Que no ha de tenerte amor.
Forasteros han venido
Con leontina en el chaleco,
Con fingida voz, cuyo eco
Las piedras ha enternecido;
Y al punto, infeliz chiquilla
De la cadena prendada,
Se asoma con él casada,
Del pueblo con maravilla;
pero pasa un mes y dos.
Y el ricacho forastero,
Al hallarse sin dinero.
Le dice a la esposa: ¡adiós!
Vive tranquila en tu casa;
Que todo en la vida pasa;
Porque la vida es un sueño
Para el grande y el pequeño.

Ana. Carlos es de nuestro suelo,
Y aunque pobre muy honrado,
Del dueño de Tunga ahijado,
Y noble por un abuelo.

Lucía. Por Dios; no seas tirano;
Vamos, Daniel, pronto al grano.

Daniel. Siempre es tu triste destino
Tirar granos al molino.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Oh dechado de hermosura,
Escúchame la lectura:

(*Lee*)

«Del cielo hermosa ilusión,
«Oh Lucía encantadora,
«Este Carlos que te adora
«Tiene muerto el corazón;
«Porque sabe que mañana
«Vas a hacer tu casamiento,
«Con grande acompañamiento
«Y con pompa soberana.
«Imposible me sería
«que pudiera presenciar
«Que te lleven a enterrar
«Siendo tú la vida mía.
«Y así; me voy al Oriente
«A buscar mi sepultura,
«En la espesa selva oscura.
«Donde no haya ni una gente.
«Nos desunen a los dos.
«Tu infeliz
Carlos.

¡Adiós!»

[*Aparte, después de entregar la carta.*]

Que le vaya bien.—Amén.

ESCENA IV

Lucía.

Se va mi bien, mi lucero,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se va mi encendido amor.
¿Y yo infeliz no me muero
Con tan agudo dolor?
Sólo a tí, Carlos, adoro,
Con todo mi corazón,
Sin que nunca pueda el oro
Apagar esta pasión.
Carlos, Carlos, ¿dónde estás?
Sin tí mi vida es tormento.
Me voy del mundo al convento,
Y así que te amo verás.
¡Tú escondido en un peñón,
Entre el boscaje sombrío;
Yo en el monasterio frío
Consumiendo el corazón!
No te vayas de este suelo,
Vive aquí, donde has nacido,
En este jardín florido,
Bajo este límpido cielo.
No dejes el Tungurahua
Ni las márgenes del río;
Que por tí llevo, bien mío,
En mi pecho ardiente fragua.
Mas.... se fué; sólo deliro;
Ya estará por el Pastaza.
¡Qué tristeza de mi casa
Y qué oscuro cuánto miro!

ESCENA V

Lucía, Carlos.

Carlos. ¡Lucía!

Lucía. ¡Carlos!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Carlos. ¡Bien mío!

Lucía. ¿Cómo así?

Carlos. Me iba al Oriente;
Pero supe casualmente,
Por noticias de mi tío,
Que se fué tu padre a Ambato
A ver que padrino sea
El Corregidor Darquea,
Que gasta mucho boato.
Y más acá doña Eloisa,
Con su cara de adivina,
Le van, dijo, a hacer madrina
A la señora de Herdoiza,
Que es la dueña de Pitula,
Para la que le han llevado,
Con lujo muy ponderado
Una primorosa mula.
Sabiendo esto me volví
A postrarme yo a tus pies,
Quizás por última vez,
De cerca de Puñapí.

Lucía. ¿Todavía, Carlos, me amas?

Carlos. ¿Has visto cómo el jilguero
Canta alegre y placentero
En las encumbradas ramas?
¿Has visto, por la mañana,
Cómo la aurora luciente
Envía desde el Oriente
Su luz de púrpura y grana?
¿Has contemplado el torrente,
Que baja por la ladera,
Con su rápida carrera,
Como plateada serpiente,
Y se extiende presuroso

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Por esmeraldino prado,
De hermosas flores bordado,
Que lo vuelven deleitoso?
¿No has mirado las estrellas,
Que en el ancho firmamento.
Con radiante lucimiento,
Se presentan claras, bellas?
Pues así, bella Lucía,
Viendo alegre tu semblante
Brilla para mí al instante
La luz de esplendente día.
Eres para mí el jilguero,
Eres el claro torrente,
Eres la estrella luciente
De tu infeliz molinero.
—Cuando el sol por la mañana
Derrama su clara lumbre
De Leito sobre la cumbre,
Pienso en tí, mi soberana.
Cuando escucho que el Patate,
Con aterrador estruendo.
Por las rocas va rugiendo,
Mi corazón por tí late.
Si es que percibo el aroma
De los azahares fragantes
De los huertos refrescantes,
Te adoro, blanca paloma.
Cuando sentado a la sombra
De un ahuacate frondoso
Busco frescura y reposo,
Mi labio feliz te nombra.
Escrito tu nombre veo
En las estrellas del cielo,
Y en mis horas de hondo duelo
Que eres estrella hasta creo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cuando en la noche sombría
Busco un descanso pequeño,
Tu imagen veo en el sueño.
Oh bella y sin par Lucía;
Pues para amarte nací,
Para amarte sin cesar,
Cual nace para volar
El ligero colibrí.
Hacia tí va mi destino,
Hacia tí mi corazón,
Como el agua va al molino,
Con fuerza por el chiflón,
Cuando de golpe es abierta
La prisionera compuerta.
Mas tú te vas a casar,
Yo en el monte a sepultar.

Lucía. Estas palabras brotadas
De tu pecho enardecido,
Directamente han venido
A herir más mi corazón.
Bien sabes cuánto te adoro;
Que al amor del mundo entero
Tan sólo tu amor prefiero,
Como el más rico tesoro.
¿Contemplas en su carrera
Al sol en el firmamento?
Pues para mi pensamiento
Tú eres más que esa lumbrera.
Cuando se derrumba al suelo,
Con golpe desapiadado,
Por el huracán tronchado
El árbol, que iba hasta el cielo;
Juntos con él se derrumba
La pomposa enredadera,
Y juntos, de esta manera,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Encuentran la misma tumba.
Tú eres el árbol frondoso,
Yo enredadera bien pobre;
Y así ambos caemos sobre
Un abismo pavoroso.
Carlos, mi bien. ¡Qué tormento!
Sin tí rodará mi vida,
Como la hoja desprendida
Del arbusto por el viento.
Por donde quiera el hastío,
Sin tí, me irá persiguiendo;
Siempre viviré muriendo,
Sin ti, de tristeza y frío.
El amor que yo te tengo
Bien claro lo he de mostrar;
Pues a Juan mi mano dar
De ningún modo me avengo.
No te vayas de este suelo,
Vive aquí donde bas nacido,
En este jardín florido,
Bajo este límpido cielo.
No dejes el Tungurahua,
Ni las márgenes del río;
Que por tí llevo, bien mío,
En mi pecho ardiente fragua.

Carlos. Háblame ya, por quien eres,
Resúscitame a la vida,
Responde, prenda querida,
¿Casarte conmigo quieres?

Lucía. Aparta este pensamiento;
Porque el fatal egoísmo
Impide, con hondo abismo,
Nuestro hermoso casamiento.

Carlos. Si no te casas con Juan
¿Quién a nosotros se opone?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lucía. Con Juan mi padre dispone
Que me case. Ese es su afán.
Carlos. ¿Te casas con él, Lucía?
Lucía. Imposible.
Carlos. ¿Qué haces pues?
Habla, por Dios, de una vez,
Consuélame, vida mía.
Lucía. Pobre Carlos, tu pobreza,
Según mi padre, se opone
A que a tí él te galardone
Dándome a tí, con largueza.
Y odia tu pobreza tanto
Que, celoso, ha levantado,
Entre los dos, elevado
Un muro de cal y canto.
Pues, si es tu pobreza abismo,
Toma activo este dinero,
Que hace deshacer ligero
El más glacial egoísmo.
Ya eres rico.. Lo demás
A tu buen ingenio dejo.
Carlos. Me dejas, mi bien, perplejo
Y agradecido además.
Pero sábete, Lucía,
Que si rendido te adoro
Nunca ha sido por el oro,
Que ruines acciones cría.
Yo te quiero por quien eres,
Angel bendito de paz;
Porque tú eres además
Espejo de las mujeres,
En quien se deben mirar
Si es que quieren frecuentar,
Con marcada exactitud,
La senda de la virtud.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y así, Lucía ¿talvez
Quieres ver mi intrepidez?

Lucía. ¿Qué determinas?

Carlos. Huír
Sería, es claro, manchar
Tu honor que debe brillar
Hasta el rato de morir.
Guarda pues, este dinero.

Lucía. ¡Ay! Carlos, cuánta nobleza
Brilla en tu limpia pobreza;
Y por esto, más te quiero.
Aquí, en mi casa, he de estar
Y de aquí no he de salir;
Pero no me he de casar
Con quien no quiero vivir.
El tiempo lo cambia todo
Y hace ver todo al revés;
Al oro lo vuelve lodo
Y a lo que es cabeza, pies.
Lo que el mundo grande nombra,
Después de no muchos años,
Cargado de desengaños,
Se disipa, como sombra.
Tanto es el poder de Dios
Que puede, en breve momento,
Destruir este impedimento
Para casarnos los dos.

Carlos. Mi amigo el padre Mariano,
Nuestro venerable Cura,
Con voz llena de dulzura,
Me consoló así, Lucía:
No cae un cabello fino,
Me dijo, de la cabeza,
Sin la voluntad expresa
Del eterno Ser divino.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Por las leyes del amor
Lucía te pertenece,
Como la hiedra, que crece,
Al arbusto encantador.
Con extremada violencia,
Impiden tu casamiento,
Y a Lucía a este tormento
Le arrojan por obediencia.
La obediencia es una gloria,
Y el que humilde se sujeta
Escuchará la trompeta
De esclarecida victoria.
Así el buen padre me habló.

Lucía. Lo mismo me dijo a mí
Cuando a llorarle me fuí;
Y así en Dios espero yo.

Carlos. Los padrinos vienen hoy

Lucía. No importa; al amanecer
La blanca aurora ha de ver
Que lejos de aquí me voy.
Mi padre dijo violento,
Con imperdonable afán:
O tú te casas con Juan
O te encierro en un convento.
Si no me caso contigo,
Libre me voy al encierro
Y libre a mi propio entierro
A vivir sola conmigo.

Carlos. ¿Y de mí te acordarás?

Lucía. Antes del Tungurahua
El fuego se ha de apagar.
Que extinguirse en mí la fragua,
Que a tí solo me hace amar.

Carlos. Antes el Patate undoso
Ha de torcer su corriente,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Para volver a su fuente,
Que olvidarte yo amoroso.
Y pues, tú vas a partir
Con la refulgente aurora,
Oh Lucía encantadora,
También yo me debo ir,
Lejos de aquí de este suelo.
A la selva del Oriente.
Que sabrá darme clemente
En su soledad consuelo.
Allí, mis días se han de ir,
En silencio, consumiendo;
Allí, moriré viviendo,
Porque no verte es morir.

Lucía. Yo en silencio sepultada
En el monasterio frío,
Por tí rezaré, bien mío,
En mis lágrimas bañada.
(*Se escucha en la escalera fuerte ruido de espuelas*).
Mas suben ¡qué horror! ¡me muero!
Escóndete, Carlos mío.

Carlos. En mi propio ingenio fío;
Aquí quedarme prefiero.
[*Carlos se queda un poco detrás de Lucía de modo que no sea descubierto a primera vista*].

ESCENA VI

Lucía, Carlos, Juan

Juan. Vengo, Lucía, de Ambato
Del mismo amor en las alas;
Ya vendrán las ricas galas,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Que compré; después de un rato.

Lucía. Juan, bien sabes que no te amo.

Juan. ¿Quién se ha introducido aquí?

Lucía. ¿Quién?

Carlos. Yo ¿Y qué te importa a tí?
Yo; hazme cualquier reclamo.

Juan. No debías, insolente,
Pisar esta casa augusta;
Porque el pueblo se disgusta
De que te hagas pretendiente
De mi adorada Lucía.

Lucía. ¿Yo tu adorada? ¡Imposible!
Aquí está mi amor visible,
Mira aquí la vida mía. (*Señalando a Carlos*).

Carlos. Sí; Soy tu vida, amor mío,
Y eres tú mi corazón;
Por tí del dolor me río
Y me gozo en la aflicción.

Juan. ¿Y te burlas, traicionero?
Le descarga una bofetada a Carlos, que la devuelve. Lidian, y Carlos le derriba por tierra, y le pone el pie al cuello. Lucía asustada grita:)

Lucía. ¡Juan! ¡Atrevido! ¡Grosero!

Carlos. ¡Miserable! tu ruin vida
¿No lo ves? está en mi mano.
Pero mi madre querida
A ser me enseñó cristiano.
¡Infeliz! Yo te perdono,
(*Le da al mismo tiempo la mano y lo levanta*).
Por mi madre idolatrada,
Y mi Lucía adorada,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

De mi valor en abono.
Tengo siquiera el contento
De dejarte en este día,
A las plantas de Lucía,
Con humilde rendimiento.
A los pies de esta beldad,
Como esclavo has de pasar;
Ya que te vas a robar
Toda mi felicidad.

Carlos. Adiós, hermosa Lucía,
Adiós, fuente de ventura.

Lucía. Adiós, Carlos, qué amargura;
Adiós, esperanza mía.
(*Sale Carlos; le sigue Juan.*)

Juan. Espera; te haré morir.
(*Lucía le detiene del brazo*).

Lucía. ¡Cuidado! No has de salir.
Ni un solo paso has de dar,
O ve lo que ha de pasar.

ESCENA VII

Lucía, Juan.

Juan. Te obedezco, y a tus pies
Me postro, bella Lucía,
Tesoro del alma mía,
Y refreno mi altivez;
Y en esta actitud, rendido
Yo te pido humildemente
Que no seas inclemente,
Y, echando todo al olvido,
No me niegues el favor,
El más grande y soberano,
De entregarme con tu mano

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El tesoro de tu amor.
Tu padre, el señor don Diego,
Me ofreció darte, al momento,
A tí, hermosa, en casamiento,
Que va a celebrarse luego.

Lucía. Inútil empeño, Juan,
Porque tus palabras vanas,
Como las pajas livianas,
Botadas al aire, van.
No quiero que me hables más
De tan enojoso asunto;
Porque no seré ni un punto
Tu esposa, nunca jamás;
Porque he resuelto soltera
Pasarme mi vida entera;
Porque no quiero ni un día
Una odiosa compañía.

Juan. ¿Por qué, dí, bella Lucía,
Te muestras conmigo ingrata?
¿Por qué tu odio así me mata
Con tan negra tiranía?
¿No es verdad que ya mañana,
Llamados por la campana
Al pie del sagrado altar,
Nos verá el pueblo casar?
Te traigo ropas bordadas,
Con magnífico primor,
Por manos muy delicadas,
Como prueba de mi amor;
Y, si este amor no me engaña,
Zapatillas primorosas,
Como las ricas lujosas
De las altezas de España.

Lucía. Nuestros padres arreglaron
A solas el casamiento;

CULTURA BIBL NACIONAL QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y sin mi consentimiento
Mi sepultura cavaron.
Y a fin de que tu esperanza
Muera del todo a mis pies,
Sábete, Juan, de una vez,
Que sin la menor tardanza,
Antes que luzca la aurora
Y dé el gallo el primer grito,
Me voy, a caballo, a Quito,
Con rapidez voladora.
Me voy tu amor despreciando
Y otro más tierno llorando
A pasar mi hermosa vida
En una celda escondida.

Juan. ¿Y vas a tener valor
De dejarme sepultado
En el triste olvido helado,
Sumergido en el dolor?
¡Ay! qué horrenda desventura
La de este infeliz proscrito.
¿Te vas, amor mío, a Quito?
¿Así abres mi sepultura?
Aguas del undoso río,
Prestadme vuestro caudal
Para lamentar el mal
Que atormenta al pecho mío.
Oh Tungurahua argentado,
Dame, dame tus rugidos
Para lanzar mis gemidos
De mi pecho atormentado.
¿No me oyes? ¿No te conmueves?
¿Tienes el pecho de piedra,
Donde la grama no medra,
Porque le cubren las nieves?
No creas que yo me alabo:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tú, Lucía encantadora,
Serás mi reina y señora,
Y yo tu obediente esclavo.

Lucía. Inútil, vano lamento,
Que, como el tamo de la era,
Se esparce por donde quiera,
Agitado por el viento.

~~Carlos.~~ Si no me escuchas, bien mío,
Tengo la resolución
De irme de sopetón
Del puente a botarme al río,
A que el mundo entero diga,
Por donde ancho se dilata:
Se mató por una ingrata
E indignado te maldiga.

Lucía. El más grande disparate
Viniera sin duda a ser
Que fueras a perecer
En el undoso Patate.
¿Por qué? Por una ilusión,
Porque, con soberbia loca,
Al ave que el cielo toca
Quieres ponerle en prisión.
Deja que con libertad
Cruce el ave el firmamento
Compitiendo con el viento;
Que esa es su felicidad.
Quien quiere arrancar su vida
Es para mí mal cristiano,
Es indigno de mi mano
Y pantera sin guarida;
Porque la vida es de Dios,
A El sólo le pertenece,
Y el suicida que perece
Comete un crimen atroz.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Quiere hacer, sin duda, alarde
De valeroso el suicida,
Y al arrancarse la vida
Sólo muestra que es cobarde;
Porque no tiene paciencia
Para sufrir el dolor;
Porque es hombre sin conciencia
Y de sí propio traidor.

Juan. Perdona si te ofendí
Con mi torpe pensamiento;
Puesto a tus pies me arepiento
Pronuncia el ansiado *sí*.

Lucía. Nunca esperes de mis labios
Que el *sí* brote para tí,
Y ni potentes, ni sabios
Podrán obligarme a mí.
El *nó*, sí puedes oír;
Que es más fácil *nó* decir.

Juan. Que sílaba tan horrenda
La que dicta mi sentencia,
Que demuestra la potencia
De mi desgracia tremenda.
Como errante peregrino,
Sin abrigo y sin hogar,
Por el áspero camino
De mi vida voy a andar,
Con el letrero en mi frente
De mi malhadada suerte,
Que me condena a la muerte,
Cruel, sin límites, creciente.

(*Aparte*)

Reniego de mi existencia;

(*Vuelto a Lucía*)

Mas si no te has de casar
Los gastos me has de pagar.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ESCENA VIII

Lucía.

Lucía. ¡Han visto mayor demencia!
Se marchó el impertinente,
Ojalá no vuelva más
A molestarme tenaz
Con su música imprudente.
A solas por fin me encuentro,
Y me siento fatigada;
La noche está adelantada,
Voy a descansar adentro.

ESCENA IX

Diego, Pedro Vera.

Pedro. Es el asunto muy grave,
Que tú debes resolver;
Está en tus manos la llave,
No me hagas, pues, padecer.
Me enternecen las entrañas
Viéndole a mi hijo llorar,
Cuyo eco va a resonar
En esas altas montañas.
Por mis rugosas mejillas
Corre a torrentes el llanto,
Y, al ver de mi hijo el quebranto,
Mi corazón se hace astillas.
No há mucho que con Lucía
Mi Juan infeliz ha hablado;
Mas ella le ha rechazado,
Con odiosa tiranía.
Estando todo arreglado

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Dice ya que no se casa.
Diego, dí ¿qué es lo que pasa?
¿Va a quedar mi hijo chasqueado?
Los convidados dirán
Que en mi Juan está la falta,
Y en voz baja, y en voz alta,
De los dos se burlarán.
Esto es nada. ¿Y el mal rato
Que, si no se han de casar,
Tiene, por Dios, que pasar
El Corregidor de Ambato?
Ya sabes que en buena ley
El señor Corregidor,
En todo este alrededor,
Es la persona del Rey.
Con que, en tus manos está
El poner pronto remedio:
Tú mismo verás el medio
Y todo se arreglará.

Diego Si todo de mí pendiera
No hubiera dificultad,
Y yo para Juan hiciera
Brillar la felicidad;
Pero no sé qué demonio
Se ha introducido en Lucía,
Que, con pertinaz porfía,
No quiere este matrimonio.

Pedro. El demonio molinero,
Que, en nuestra obligada ausencia,
Con atrevida insolencia,
Se ha introducido, aquí, artero;
Y con no vista osadía
Ha causado el rompimiento
Del pactado casamiento
De mi Juan con tu Lucía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ten en cuenta siempre, Diego,
Que es Juan mi único heredero
De mi hacienda y mi dinero,
Que serán de tu hija, luego.
Toda mi fortuna ingente
Tengo en el hermoso Huano,
Cuya fama es excelente
Por sus telares de mano.
Siendo en paz allá feliz
Vine administrar aquí
La hacienda de Puñapí
A instancias de Dn. Juan Ruiz, (1)
Mi compadre bien sencillo,
Que fué dueño de Leitillo.

Diego. Ah! si en mis manos cayera
El molinero mohino,
A su ruinoso molino
Con acial volar lo hiciera.
¿No es asombrosa locura
Querer coger las estrellas,
Que en el cielo lucen bellas,
Desde esta tierra honda, oscura?
Con Lucía voy a hablar:
O me obedece y se casa;
Y si casarse rechaza
Le hago enseguida encerrar,
Entre espesos murallones
De un estrecho monasterio,
Con el poder de mi imperio,
Que no escuchará razones
Para hacerme desistir.
¡Ramón!

---

[1] Juan Ruiz, hombre real y no ficticio, era dueño de Leitillo chiquito.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ramón. Señor.
Diego. Dí a Lucía
Que tengo que hablar con ella
Pedro. Ojalá quiera la bella
Con nuestro pacto cumplir.

ESCENA X

Diego, Lucía.

Diego. No ignoras que ave de paso
Es el hombre aquí en la tierra,
Y que la muerte lo encierra
En la tumba, en breve plazo.
No siempre yo he de vivir,
Mis días están contados,
Y, con pasos apurados,
Siento la muerte venir.
¿Cómo en el mar tempestuoso,
Con tu navecilla a solas
Luchando contra las olas,
Te dejaré yo lloroso?
Penosa es la travesía;
Y a que tu alma no sucumba
Del mar en la inmensa tumba
Necesitas compañía.
En todo tiempo obediente
Con tu padre te has mostrado,
Por lo que Dios sea loado
Y te premie eternamente.
Hija amorosa, en conciencia,
A tu padre, que te adora,
Le vas a rendir ahora
La más heroica obediencia.
Dios, que te ve desde el cielo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Te ha de bendecir propicio
Por el noble sacrificio,
Con que me darás consuelo.
Con Pedro, hija, convenimos
En que te cases con su hijo,
Y con parecer prolijo,
Ya todo lo dispusimos.
Esto tú bien lo sabrías,
Y dices que a Juan rechazas
Y que con él no te casas
¿Y sigues en tus porfías?
No es posible que tu mano
Le niegues al pobre Juan;
Que hay gentes de Ambato y Huano
Convidadas ¿Qué dirán?

Lucía Padre, por obedecerte
Todo el mundo perdería,
Y sólo por complacerte
Mi misma vida daría;
Pero a tus plantas postrada,
Con toda humildad de mi alma,
Con grave y serena calma,
En tierno llanto bañada,
Te pido, por compasión,
Que no le quites la vida
A tu hija infeliz querida
Dando a Juan su corazón.

Diego. ¿Sueñas en el molinero?
.....
No debes hacerle caso.
.....

Dí ¿te casas?

Lucía. No me caso.

Diego. ¿Por qué?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lucía. Porque no le quiero.
Diego. Dispón tu equipaje ahora,
Sin pérdida de momento,
Y parte ~~enseguida~~ luego al convento
Con el brillo de la aurora.
De mí no te acuerdes más,
Hija ingrata por demás.

(*Llora Lucía tiernamente, largamente*).

¡Ramón!
Ramón, Señor.
Diego. Son la doce:
La noche, en media carrera,
Con augusta voz impera
Que del sueño el mortal goce;
Pero tú no has de dormir,
Porque a Quito te vas a ir.
Sin perder tiempo prepara
Las dos más veloces yeguas,
Que se devoran las leguas,
Con agilidad muy rara.
De que dé su canto el gallo
Sales de aquí; y al convento,
Con todo apresuramiento,
Le conduces a caballo
A esta arrogante Lucía,
Que destroza el alma mía.

(*Llora Lucía más tiernamente*).

Ramón. (*Aparte*) Razón tiene la señora
De llorar por no casarse;
Que si casarse es fregarse
Para ella es bendita esta hora.
Yo, sólo una vez me ahorqué

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Con lazo de matrimonio;
Pero lo rompió el demonio,
Y solito me quedé.
Y no me voy ni al panteón
De miedo de que mi Juana
Vuelva a esta vida tirana
A llenarme de aflicción. (*Sale*)

ESCENA XI

Diego, Lucía, Pedro, Juan. Bernardo Darquea con su hija, Dn. Juan Herdoiza con su señora, Ana; otros convidados.

Bernardo. Bien sabes que en buena ley,
En este extenso lugar,
Por destino singular,
Soy la persona del Rey.
Soy Corregidor de Ambato;
Dejarme hoy día chasqueado
Sería el mayor pecado
De tu corazón ingrato.
Aquí están D. Juan Herdoiza, (1)
La magnífica madrina
De belleza peregrina,
Y mi idolatrada Eloisa.
Quiero pues, bella Lucía,
Que entregues a Juan tu mano,
Y dejes de ser villano
Tu corazón este día.
Lucía. Excelso Corregidor,
Vuestra real jurisdicción

---

[1] Juan Herdoiza era dueño de Pituia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No llega a mi corazón,
Ni al dominio de mi amor.
¿Podeis mandar al torrente,
Que baja por la ladera,
Que detenga su carrera
O que tuerza su corriente?
¿Y podeis decir al ave?
Que cruza el azul del cielo,
Que se arrastre por el suelo,
Como la tortuga grave?
Pues, Señor Corregidor
Yo soy el ave y torrente;
Y así, os pido humildemente.
Que no mandeis en mi amor.

Bernardo. Entonces ¿no me obedeceis?

Lucía. Es vana toda insistencia,
Se resiste mi conciencia,
Lo declaro una y mil veces.

Bernardo. Ave altanera, orgullosa
De tu grande agilidad,
Puede mano poderosa
Dejarte sin libertad.
¿Pues a mí no me haces caso,
Que he venido a presenciar
Lo que te vas a casar?
No aguantaré tal rechazo.
Yo, el señor Corregidor,
Emprendí largo camino
Para servir de padrino
Y hacerte altísimo honor.
Y, ya que me encuentro aquí
Sales con que no te casas
Y con que a Juan le rechazas
Burlándote así de mí?
Infeliz y veleidosa,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿Ignoras quizás quien soy
Para que pretendas hoy
Reírte de mí, victoriosa?
¿Quieres que este pueblo vea
Quien es por su poderío,
Por su justicia y su brío
El Corregidor Darquea?
Si no te casas con Juan
Te dejaré de tal suerte
Que halles, incauta, la muerte
En garras del gavilán.
A tu padre pondré preso,
Le confiscaré sus bienes,
Y ese orgullo atroz, que tienes,
Por mi poder será opreso.

Ana. [*Aparte*) Parece que el aguardiente
Le ha puesto al viejo caliente.

Bernardo. Ea, soldados, venid;
Haced mi poder brillar
Y a Patate retemblar,
Como huracán a la vid.

Diego. De tu ansiado sí, Lucía,
Depende la suerte mía.

Lucía. Para evitar este caso,
Padre, por tu amor, me caso.

Diego. Con el alma te agradezco.

Bernardo. Yo mi gratitud te ofrezco.

Juan. Tu heroica virtud alabo;
Basta esto, seré tu esclavo.

Lucía. ¡Ay! el cuatro de Febrero
Va a grabar en mi memoria
La triste y fúnebre historia
De mi intenso dolor fiero

Ana. Me voy a traerte al momento
Las galas para el casamiento

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

(*Se va con los padrinos y madrinas*)

Diego. Vámonos a preparar;
Que ya viene la mañana,
Ya sonará la campana,
Y hay que estar en el altar.

[*Se escuchan fuertes rugidos*]

Bernardo Ruge airado el Tungurahua,
Tengo miedo a este rugido,
Me voy por donde he venido.

(*Se va sin saber por dónde*)

Daniel. Del volcán hierve la fragua.
Diego. ¡Jesús, que estremecimiento.

(*Corre desatinado.—Todo es confusión, griteria.*)

Voces. Sintieron el movimiento?

(*Se desploman las vigas, cae abundancia de tierra, vuelan los objetos*)

Gritos. ¡Temblor!
Otros. ¡Terrremoto!
Varios. ¡Sí!
Todos ¡Misericordia, Señor!

Al último se oirá la voz de Lucía, que, de rodillas y con las manos levantadas al cielo, dice:
Lucía. ¡Misericordia!

Telón

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ACTO SEGUNDO

En la colina de Santa Inés, al pie de un robusto y frondoso ahuacate, cuyas ramas se extienden ampliamente. Delante, ruinas, escombros, desolación.

ESCENA I

Antes de alzar el telón se oye un cántico triste y lastimero.

CORO

Señor, desde el abismo
Profundo de mi nada
Mi voz atribulada
Dirijola hacia Tí.
Oh ven, Señor, tú mismo
Y apiádate de mí.

SOLO

Oh ven, escucha el ruego,
Que humilde te dirijo,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y no entres en prolijo
Examen de mi mal;
Que si lo miras, luego
Mi fin será fatal.

En Ti Solo el culpado
Misericordia encuentra,
Y humilde se concentra
Su falta a deplorar;
Y yo en tu voz confiado
Mi mal vengo a llorar.

Y así desde que brilla
La luz en el oriente
Hasta que en occidente
El sol se va a esconder,
Contrita mi alma llora
Y espera en tu poder.

Porque es sin duda inmensa
La compasión, que tienes,
Y rica en grandes bienes
Tu misericordia es,
Que ha de lavar la ofensa
De mi alma aquí, a tus pies.

Carlos

En un instante todo está cambiado:
Donde antes era vida y alegría,
Con atroz y espantable tiranía,
La muerte sus reales ha sentado.
Los edificios yacen por el suelo,
Y en este pavoroso cataclismo
Se ha abierto en los cimientos hondo abismo
Y los cimientos han volado al cielo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Cómo el poder de Dios al mundo abate!
Sacudió los cimientos de la tierra,
Que un grito levantó, como el de guerra,
Y en un instante pereció Patate.
Encendióse de Dios la ardiente saña,
Como el rayo veloz se extendió luego,
Y a los efectos de su ardiente fuego
Cayóse sobre el pueblo la montaña.
Arroja el Tungurahua furibundo
Horripilantes llamas contra el cielo,
Y ruge envuelto en tenebroso velo,
Como si entrara en agonía el mundo.
Abrió la tierra sus fauces reprimidas,
Ansiosa devoró los anchos prados,
Donde alegres pacían los ganados,
Y enfurecida se tragó mil vidas.
Las aguas del Patate se han parado
A contemplar las ruinas lamentables,
Y, en tumultuosas ondas espantables,
Las colinas del frente han escalado.
Cuando salven los lindes del Gamboa
Han de arrastrar en su feroz corriente
Todo cuanto a su paso se presente,
Como a la arena la gigante boa.
Todo es desolación, todo tristeza;
Llantos de horror se escuchan por do quiera
Y se asoman, en rápida carrera,
La desnudez, el hambre y la pobreza.
Ayer no más, allí, con mi Lucía
¡Infeliz de mí! en lágrimas bañado,
Con fiero dardo el pecho atravesado;
Con suspiros de amor me despedía.
¿Quién entonces podía asegurarme
Que iba a encontrar una funesta tumba
En el pueblo, que débil se derrumba,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y en locura febril viene anegarme?
¡Lucía! grito, con fúnebre lamento,
Y el eco entristecido me responde.
¿Donde te encontraré, bien mío, dónde?
Y mis ayes se pierden en el viento.
Removeré con ansia los escombros,
Sacudiré los senos de la tierra,
Y a tu cadáver, que, feroz lo encierra,
Le alzaré con amor sobre mis hombros.
Te arreglaré una tumba solitaria,
La santa Cruz pondré sobre tu fosa
Para que, dolorida y fervorosa,
Vuele al cielo mi fúnebre plegaria.

. . . . . .

Lucharé de la muerte con la garra.

. . . . . .

Cese el vano gemir. Venga la barra

ESCENA II

Carlos, Daniel

Daniel. Te hacía ya en el Oriente.
Carlos. Estaba ya en el camino,
Cuando a detenerme vino
Fuerte rugido furente.
Ví los montes desplomarse;
Completamente vacío
Miré del Pastaza el río,
Y los abismos cerrarse.
Emprendí la vuelta luego
En un caballo, que al viento
Le ganaba en movimiento,
Como si fuera de fuego.
Rodé con él al abismo;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Quise sacarle; imposible,
Tuvo una muerte terrible;
Y no sé cómo yo mismo
Pude salvar del apuro.
Y cayendo y levantando,
Ruinas y abismos cruzando,
Aquí me tienes seguro.
¿Sabes qué es de mi Lucía?

Daniel. Allí está en las sepulturas
De esos trágicos ombros,
Que vendrán a ser asombros
De las edades futuras.

Carlos. Siquiera su cadáver yerto
¿Podremos desenterrar?

Daniel. Podríamos trabajar,
Aunque el éxito es incierto;
Porque el trabajo es inmenso,
Y hay el peligro inminente
De que se lance rugiente
El río, que está suspenso.

Carlos. ¡Vámonos!

Daniel. ¡Con qué herramienta!
Si el estrago lo ha dejado
Todo en ruinas sepultado?

Carlos. ¿Y no es esta barra cuenta?
Y si esta barra no hubiera,
Con sólo mi brazo fuerte
Estrecha cuenta a la muerte
En los escombros pidiera.
Mas, un grupo veo allá.

Daniel. Recogen muertos y heridos.

Carlos. Y los lúgubres gemidos
Llegan claros hasta acá.
Vamos.

Daniel. Vamos; mas primero

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Debemos, con ágil mano,
Buscar al padre Mariano,
Que vivo ha de estar espero;
Porque yo de a lado de él
Salí no sé cómo vivo;
Y a no ser yo tan activo
Muriera con muerte cruel.
En este lóbrego día,
Doloroso y funerario,
Más que nunca es necesario
El Sr. Cura García:
De vivos para consuelo,
Para socorro de heridos,
Para mostrarles el Cielo
A los tristes y afligidos.

ESCENA III

Carlos, Daniel, Ramón.

Carlos. Hay un cadáver aquí.
Ramón. No—soy—cadáver—soy vivo,
Anda—por Dios—muy activo,
Compadécete de mí.
(*Excavan la tierra, y encuentran a Ramón*).
Carlos. ¡Ramón!
(*Lo trasladan a un lugar visible del escenario, Ramón da ayes.*)
¿Qué es de mi Lucía?
A esta hora ya está en el Cielo;
Dios le otorgó este consuelo
Porque mucho la quería.
Carlos. ¿Le viste, Ramón, morir?
Ramón. Ví el edificio volar;
Y así, digo que ha de estar

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En la Patria del vivir.
Si no hubiera dado el *sí*
A ese señor don Juanito,
Hubiéramos ido a Quito,
Y no me arruinara a mí;
Porque tengo una rotura
Aquí arribita del brazo
Y hecha añicos la cintura
De un horrendo garrotazo.

Daniel. Pobre Ramón, descansa.

Ramón. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! por Dios, despacito,
La cintura y el bracito
Me duelen; no es pues de chanza.

Carlos. Sufre, Ramón, y en Dios fía.

Ramón. Si le encuentran a Lucía
Diráule que no me he muerto,
Que me encuentro bien despierto.

ESCENA IV

Ramón

Pues para mí hay un misterio
En este cruel terremoto.
Que, con terrible alboroto,
Le ha hecho al pueblo cementerio.
Antes de rayar el día
Éramos de irnos a Quito,
¡Ay! ¡ay! ¡ay! el bracito,
A caballo, con Lucía.
La yegua estaba con silla,
En que debía montar;
Después se quiso casar,
¡Ay! mi pobre rabadilla.
¡Qué voluble es la mujer!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Si ella tuviera firmeza,
Menos fuera la fiereza
De mi triste padecer.
Fué Lucía veleidosa.
¡Ay! se rompe la cintura,
Jesús, Señor ¡qué amargura!
No y *si* dijo la hermosa.
Pasan a hombros y en parihuelas por el escenario muertos y heridos, con lúgubres lamentos. Ramón contempla este cuadro estupefacto. Carlos y Daniel lo intraducen de los brazos al P. García, que entra cojeando y apesadumbrado.

ESCENA V

Padre García, Carlos, Daniel

Carlos. Descanse, padre García,
Le he sacado de la muerte;
Ojalá la misma suerte
Brille para mi Lucía.
P. García. Dios te dé su bendición
Por tu noble corazón.

ESCENA VI

Padre García.

Señor, dame tu gracia para lanzar al Cielo,
Con corazón humilde, mi fúnebre clamor,
Y escucha, compasivo, en mi aflictivo duelo,
Mis voces de dolor.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No apartes indignado tu rostro soberano
De mi infeliz y triste lloroso corazón;
Y enviame, amoroso, con tu potente mano,
Tu santa bendición.

Más triste y solitario que el ave en pobre techo
Me encuentro en el abismo profundo del dolor;
Y se halla atravesado con fiero dardo el pecho,
Punzante, aterrador.

Yo tiemblo como la hoja del árbol, sacudida
Por el airado soplo de fuerte vendabal,
Al ver a mi parroquia de pronto sumergida
En ruina sepulcral.

Allí, se hallaba el templo, donde eras adorado
Por el humilde pueblo, con forvoroso amor;
Y ahora lo contemplo que ha sido destrozado
Al golpe del temblor.

Los edificios todos rodaron por el suelo,
Lanzados por las iras del bramador volcán;
Los techos como el polvo, volaron hasta el cielo
Con pavoroso afán.

Se vino la montaña, como ligera pluma,
Con su gigante mole, el pueblo a sepultar;
Y el río enfurecido, lanzando negra espuma,
Su curso hizo parar.

Cuando en gigantes masas sobre la aldea bella
Las aguas represadas se arrojen con furor,
Del pueblo, en un instante, no dejarán ni huella,
Con trágico fragor.

Señor, Tú con tu dedo enciendes los volcanes,
Das voz al ronco trueno, bramidos a la mar,
Tú das carros ligeros a nubes y huracanes,
Que al mundo hacen temblar.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Patate ya no existe, destruído está su suelo,
Aparta de nosotros tu justa indignación;
Oh Padre Omnipotente, no dejes sin consuelo
El roto corazón.

Del polvo y los escombros del templo, hecho pedazos,
Volvísteme a la vida, con especial amor,
Después de Ti, lo debo de Carlos a los brazos:
Bendícele, Señor.

ESCENA VII

Diego, padre García.

(*Carlos y Daniel entran llevando a Diego en una parihuela o en los brazos solamente.*)

Carlos. El aire está un poco tibio;
Toma, Diego, algún alivio;
Que yo a buscar enseguida
Regreso a mi misma vida. (*Se van*)
Diego. ¡Todo en ruinas y desierto!
. . . . . .
¿No murió padre García?
P. García. Por el novio de Lucía
Renací después de muerto;
Pero recibí un porrazo,
Que me impide dar un paso.
Diego Juan entonces le salvó?
P. García. El nieto del molinero.
Ramón. El pájaro forastero
Sano y bueno se voló.
Diego. ¿Le viste tú?
Ramón. Yo le ví.
Diego. ¿De veras?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ramón. De veras.
Diego. ¿Cómo?
Ramón. Cabalgando sobre el lomo
Del caballo Capulí.
Diego. ¿De mi caballo?
Ramon. Del mismo.
Diego. ¡Oh de ingratitud abismo,
Y cómo me engañaba a mí!
Me dijo que por servirme
Se iba a casar con Lucía;

30

Y nada hizo en este día
Para no dejar morirme.
Y el odiado molinero,
A quien yo le hice sufrir,
¡Me saca de un agujero
Y no me deja morir!

P. García. Tiene noble corazón
Este muchacho valiente.
Señor Dios Omnipotente,
Mándale tu protección
Para que salve a Lucía,
Con heroica valentía.
Diego. ¡Ay! mi hija debe haber muerto,
Mi Lucía idolatrada
Debe de estar sepultada,
Y ya su cadáver yerto.
Con fiero estruendo mi casa
De sus cimientos voló;
Y entre su arruinada masa
A todos nos sepultó.
Bajo el umbral de una puerta,
Enterrado me quedé;
Estuve en la tumba cierta;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Vino Carlos: Me salvé.
Mas llevo profunda herida,
Que me impide caminar;
Si no con él enseguida
Fuera a Lucía a buscar,
Fuera el cadáver siquiera
Lloroso a desenterrar,
Y algún consuelo tuviera.

P. García. Prosternados de rodillas
Oremos a que a Lucía
Carlos le saque, este día,
De esa montaña de astillas.

Diego. Jamás pude imaginar.
Padre, ni por tentación.
Que en Carlos pudiera hallar
Un tan noble corazón.

P. García. Pues; ¡Cómo! ¿No lo sabías?
¿Ignoras quizás quién es?
Es un joven de energías,
En quien brilla la honradez.
Yo le conocí a su abuelo.
Cuando hubo el levantamiento
Por la ley de estancamiento
De aguardiente en nuestro suelo.
Al són de tremendo grito,
Se levantó todo Quito
Para oponerse a esta ley.
Que hizo promulgar el Rey.
El abuelo capitán
Fué nombrado. con locura;
Y condujo con bravura
A los de San Sebastián.
Los aguardientes a ríos
De los toneles corrieron
Y los quiteños salieron

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Triunfadores y con bríos.
Vino luego el alzamiento
De más grandes proporciones,
Que obligó a los chapetones,
Sin pérdida de momento,
De Quito a salir a España.
Fueron serios los temores
Que tuvieron los Oidores
Viendo de Quito la saña.
De Carlos, allí, el abuelo
Muy valiente se mostró;
Pues, con su brazo, del suelo
La horca infamante arrancó.
Fué después muy perseguido;
No pudo en Quito vivir;
Y, sin bienes y escondido,
Tuvo de Quito que huír.
De Quito a Patate vino,
Y para vivir dichoso,
Ni envidiado, ni envidioso
Tomó en arriendo el molino.

Ramón. Ve qué jaque el molinero,
Ha sido una maravilla,
Y el nieto ha de ser infiero
De tal palo tal astilla,
De tal pepa tal semilla,
De tal tiesto tal tortilla.
Y no digo más. ¡Me muero!
¡Por Dios! ¡Qué dolor tan fiero!
Se rompe mi rabadilla.
¡Ay! ¡ay! ¡ay! padre Mariano,
Deme su bendita mano.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ESCENA VIII

Padre García, Diego, Ramón, Daniel.

Daniel. Ya es inútil trabajar.
P. García. ¿Han salvado algunas vidas?
Daniel. Pocas; y las aguas contenidas
Ya se van a derrumbar;
Y entonces, en su carrera,
Con ira impetuosa y fiera,
No van a dejar ni huella
De que aldea fué, aquí, bella.
El aire apacible y manso,
El sol oculto, afligido,
Brindan al trabajo unido
Ya no buscar el descanso.
Pero imposible luchar
Con fuerzas tan poderosas,
Con montañas caudalosas,
Que airadas van a bajar;
Y gigantescas rugiendo
Los aires ensordeciendo,
Llevarán con alboroto
Lo que dejó el terremoto.
Diego. ¿Qué es de Carlos?
Daniel. Agitado
Trabaja con loco afán.
P. García. Llámale.
Daniel. Dice ufanado:
De aquí no me moverán.
Viva o muerta a mi Lucía
Quiero verla, en este día.
Ramón. ¿Acaso el amor es perro,
Ni el corazón de ahuacate?
Dígalo sino el entierro

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Horroroso de Patate;
Pues, por mí, en este día
No estuviera ya viviendo,
Aunque triste padeciendo,
Sin este amor a Lucía:
Amor de Carlos; verdad,
Que le armó de fortaleza
Para traerme, con sorpresa,
Casi de la eternidad.
Así que, el amor no es perro,
Ni el corazón de ahuacate;
Y así, de este triste entierro
Ha de renacer Patate.

Diego ¿No estabas, Ramón, herido?
Gastas mucho disparate.

Ramón. No creas, Diego querido:
Donde estoy, está Patate.
Y aunque el mundo se acabara,
Si yo con vida quedara,
Quedará también Patate.

P. García. Infeliz Ramón, la herida
Te está haciendo delirar.

Ramón. Sólo, Padre, con mi vida
Patate se ha de acabar.
¡Ay! ¡ay! por Dios ¡qué dolor!
La rabadilla, Señor.

Daniel. Tanto, Ramón, has charlado;
Que te debe de doler.

Ramón. Pero en todo ando acertado,
Menos en el padecer.
¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Daniel. Este pavoroso mal,
Que a Patate ha destrozado,
Parece que se ha paseado
Por la tierra universal.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

De Ambato llega Raimundo,
Que tuvo el brillante honor
De huír con el Corregidor;
Y cuenta que en todo el mundo
Ha sido el juicio final:
Ambato ha sido arruinado;
En Riobamba, las techumbres
Con cimientos han volado,
Y han muerto las muchedumbres.
Como se desgarra el lienzo,
Así, la tierra se ha roto
Por el sacudón intenso
Del terrible terremoto.
Por esas fauces tremendas
La tierra ha tragado hambrienta
Casas y ricas haciendas,
Prados y reses sin cuenta.
Se dice que el Igualata
Lanza al cielo negro lodo,
Que horroroso se dilata
De gran surtidor al modo.
El Altar arroja llamas,
El Chambo se ha detenido,
Y Latacunga ha caído,
Como fruta de las ramas.
Pelileo casi todo
Yace envuelto en negro lodo,
Que arroja airada la Moya,
Y, en horrendo frenesí,
Se ha lanzado sobre la hoya
Extensa de Yataquí.
Con el oro amontonado,
En espantable mazmorra
Ha sido el pobre Mazorra
Para siempre sepultado.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Esto es todo lo que sé.

P.García. Tristes noticias a fé.

Diego. La ira de Dios se esparce
Y cae, como una porra,
Sobre el avaro Mazorra,
Baltazar Carriedo y Arce.
Eran Leito y San Javier
De la excelsa Compañía
De Jesús, a quien un día
Hizo el Rey desparecer.
Carlos III de España,
Por dar gusto a los Borbones,
Cometió mil sinrazones
Contra ella con negra saña:
Las haciendas confiscadas
Remató don Baltazar,
Quien hizo, en este lugar,
Injusticias bien marcadas.
Era avaro por demás,
Astuto, como una zorra,
Y le llamaban Mazorra
Por su aspecto montaráz.
Era de trato grosero,
Miserable su comida,
Y su desgraciada vida
De un infeliz pordiosero.

Ramón. A mí me van a decir
Lo que era este viejo raro,
Miserable, ruin y avaro;
Que a cualquiera hará reír.
De oro y plata los escudos
Secaba como cebada,
Que era luego amontonada
Por unos negros desnudos,
A quienes, como jumentos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Con crueldad los azotaba;
Y era sordo y no escuchaba
Ni súplicas, ni lamentos.
Tanta era su mesquindad,
Que andaba de ceca en meca,
Pidiendo, por caridad,
Un paquete de manteca.
A los mendigos ni ver
En su casa les podía;
Y en viéndoles les hacía
Con perros bravos correr.
Cuentan de un pobre que un día
Al ser así despedido,
Y de los perros mordido,
Con triste acento decia:
Veo las horas venir,
En que, con hórrido estruendo,
Esta casa, que estoy viendo,
Con su dueño se ha de hundir.
Se cumplió la profecía,
En este tremendo día,
Y se hundió el viejo Mazorra
Del Infierno en la mazmorra.
Ya no me causa estupor
Que el Dios del Cielo irritado
Por el viejo, castigado
Haya al pueblo con horror.

P. Harcía. No hables, Ramón, de estos (puntos
Roguemos por los difuntos.

Diego. Los días irán corriendo,
Y más iremos sabiendo.
¡Qué espantoso terremoto!
¡Qué gigantesco dolor!
¡Qué lamentos! ¡Qué alboroto!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Misericordia, Señor!
P.García. ¿Qué es lo que pasa, Daniel?
Daniel. Ya las aguas se derrumban,
Ya a la colina la tumban,
Y el dolor se hace más cruel.
P.García. Dí que todos se retiren.
Daniel. Ya todos se han retirado
Hacia la empinada loma.
P.García ¿Dónde está, Carlos?
Daniel. No asoma
Le habrán los demás llevado.
P. García. ¡Corre! ¡averigua!
Daniel. Me voy.
P. García. ¡Qué infeliz, Dios mío soy!

ESCENA IX

Padre García, Diego, Ramón.

P.García. Pobre Carlos; su valor
Después de habernos salvado
Le va a dejar sepultado
En los brazos del amor.
¿Qué hacemos para salvarle?
¿Cómo podemos llamarle?
Diego. Ya no abrigo la esperanza
De que le encuentre a Lucía.
¡Ay! infeliz hija mía!
¡Qué cruel y eterna tardanza!
Carlos no viene, no asoma.
¡Oh desventurada suerte,
Le habrá tragado la muerte!
¡No le descubro en la loma!
Ramón. Ya vendrá; no es ningún peje,
El salvará su pellejo;
Porque no es nada bermejo
Para que morir se deje.
P.García. Dios Omnipotente, acudo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A tu infinito poder;
No le dejes perecer,
Sé Tú firmísimo escudo.
Si premias un vaso dado
De agua al pobre sediento,
A quien hoy nos ha salvado
Dale vida con aumento.

ESCENA X

Dichos, Daniel.

Daniel. Los grupos se han alejado,
A la colina han subido,
Carlos no les ha seguido,
Allí mismo se ha quedado.
Se hace sordo al llamamiento.
Y dice, como un lamento:
Aquí, yo me he de quedar,
De aquí, no me he de mover;
O Lucía ha de asomar,
O me obligo a perecer.
Y cava ufano la tierra,
Y remueve los escombros,
Y carga sobre sus hombros,
Y todo lo desentierra.
Su vida la tiene en poco,
El amor le ha vuelto ciego,
Y si no perece luego,
Tendrá que volverse loco.
A su Lucía no le halla.
Con brazo potente y fuerte
Le ha declarado a la muerte
Una desigual batalla.

P. García. Pues con él voy a morir;
Porque es preciso salvarle

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

(*Hace ademán resuelto de salir.*)

Daniel. Padre mío, no se ha de ir;
Imposible es alcanzarle.
Ramón. Padrecito, no se vaya;
Es menester que aquí espere;
Que solamente se muere
Cuando llega ya la raya.
Si hoy día a Carlos le llega,
De seguro ha de morir;
Y si no, por la ancha vega,
Sano y bueno ha de salir,
Daniel. Se lanza ya estrepitoso
El caudal inmenso de agua.
P. García. Ruge airado el Tungurahua,
Con bramido pavoroso.
Daniel. Las aguas ligeras van
Hacia la casa de Diego.
P. García. Pobre Carlos, está ciego,
Y nada mira en su afán.
¿No hay quién de allí le desuna?
Baja el agua retumbando,
Cual si cayera rodando
De los cuernos de la luna.

. . . . . .

Venció el agua a la montaña,
Y, en gigantescos montones,
Arrastra inmensos peñones,
Con estrepitosa saña.

. . . . . .

De Diego llega a la casa
El monstruo horrendo lodoso,

. . . . . .

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ya mismo sobre ella pasa
Con rugido fragoroso.
. . . . . .

¡Misericordia, Dios mío!
La imponente inundación
Arrastra a la población
Con airado poderío.
. . . . . .

Ya no queda ni señal
De las casas, que allí fueron;
Todas las ruinas se hundieron
En la corriente fatal.
. . . . . .

Carlos no ha podido huír;
Envuelto en el cataclismo
Rodará por el abismo
Para nunca más salir.
. . . . . .

¡Oh Dios! ¡Qué infelicidad!
Me postro humilde en el suelo,
Protégele desde el Cielo.
¡Cúmplase tu voluntad!

ESCENA XI

Dichos, Ana.

Diego. ¡Ana!
Ana. Milagrosamente
Me ha arrancado de la muerte
El brazo potente y fuerte
De Carlos. Inmensamente
Dios le dé su bendición.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Diego. De mi Lucía ¿Qué fué?
Ana. De ella ya me separé
En el primer remezón;
Y a ver no la volví más.
Con votos y juramentos,
Entre lúgubres lamentos,
Con esperanza tenaz,
Yo a la Virgen invocaba;
Y Ella, tierna y compasiva,
Amante, me guardó viva
A mí, su infeliz esclava.
Las vigas formaron puente,
Y bajo éste me salvé,
Sin moverme me quedé,
Hasta que Carlos valiente
Sana y buena me encontró.
Avisa al padre García,
Que yo busco aquí a Lucía,
Me dijo; y allí quedó.
Mas creo que por su amor
Le arrebató la corriente,
Que luego bajó rugiente.
Con diabólico furor.
En los tiempos por venir
Patate debe saber,
Que por hacerle vivir
Carlos vino a perecer.

ESCENA XII

Dichos, Carlos, que entra llevando a Lucía desmayada, en sus brazos.

Carlos. ¡Gloria mil veces a Dios,
Que, con su potente brazo,
Nos arrancó del regazo
De horrenda muerte a los dos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Diego. ¡Hija mía!
P. García. ¿Cómo así?
Daniel. ¡Con qué, es verdad que no has muerto?
Ana. Si parece que no es cierto.
Rumór. Dije que no has de morir;
Adiviné; y me lucí.
Pueden tranquilos vivir.
Carlos. Lucía está desmayada.
Ana, apóyale en tu pecho,
Que sirva de blando lecho,
Donde pase sosegada
Es venturosa mi suerte;
Luché con todo valor,
Llamé en mi apoyo al amor,
Y desbaraté a la muerte.
Llegó el momento terrible,
En que envano fatigado,
Iba yo a ser arrastrado
Por el agua incontenible.
Pero ya le hallé a Lucía,
O de allí yo la sacaba,
O el agua me arrebataba
Juntos con la vida mía.
Desesperado porfié,
Con el agua a las rodillas,
Por entre enormes astillas
A Lucía la saqué.
Estaba mi amor con vida,
La puse sobre mis hombros,
Atravesé los escombros;
Pero me halle sin salida.
De agua movible montaña
Bajaba fuerte bramando
El ancha vega llenando,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Con aterradora saña.
Monstruo horrendo me seguía
Con su garganta flotante;
Pero yo, siempre adelante,
Iba cargado a Lucía.
Dí, por fin, con el camino,
Que conducía al molino;
Subí por allí veloz
Invocando siempre a Dios,
Y, con su gracia divina,
Coroné al fin la colina.

....

Este día en mi existencia
Será para mí el primero,
Feliz cuatro de Febrero
Para mi honrada conciencia.

Ana. Ya parece que respira,
Y que algo gracioso mira.

Lucía. Carlos, Carlos, ¡qué consuelo!
Te bendigo desde el Cielo.

TÉLON

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ACTO TERCERO

Entre quebradas y riscos de Pitula, en el punto llamado Capillapamba.

ESCENA I

Lucía, Ana.

Lucía. ¡Qué vanidad de la vida!
¡Cómo todo muere y pasa!
Ayer no más, en mi casa,
Tenía lujo y comida,
Y ahora todo está acabado;
El terremoto y el río,
Con horrendo desvarío,
De todo nos han privado.
Es la vida ilusión,
Que dura un instante breve,
Es como la sombra leve,
Es engañosa ficción.
Blanca perla de rocío,
De verde hoja suspendida,
Que, del viento sacudida,
Cae con presteza al río.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Del ave altanero vuelo
Que más rápido que el viento
Atraviesa el firmamento
Sin dejar huella en el cielo.
Centella, que un instante arde;
Aroma de flor lozana,
Que perfuma la mañana,
Y se marchita a la tarde.
Cuanto aquí nos causa anhelo
Es como el iris, que el niño
Quiere coger con cariño
Cuando se asoma en el cielo.
Todo es humo y vanidad,
Que tiene la triste suerte
De ir a parar en la muerte,
Con harta velocidad.

Ana. Lucía, tienes razón:
El triste Patate hermoso,
De perfumes delicioso,
Convertido fué en panteón;
Y a las ruinas que quedaron
Para cantar el dolor,
Las aguas arrebataron
Con estruendoso fragor.
Como en el sepulcro, ahora
Es lo mismo la riqueza
Que la temida pobreza
Y el hambre devoradora.
La desgracia nos ha hecho
Iguales, con triste empeño,
Al grande como al pequeño,
Dejando a todos sin techo.
El cuadro es desgarrador:
Los niños vienen y van,
Con aire entristecedor,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Pidiendo un trozo de pan.
Y las madres sin ventura
No tienen para sus niños
Sino besos y cariños
Y lágrimas de ternura.
Otros con fuertes gemidos
Enternecen las entrañas
De las más altas montañas
Llorando a los padres idos.
¡Ay! ¡Qué triste es la orfandad,
Qué lóbrega, qué sombría,
Como la nieve bien fría
En la inmensa oscuridad!
¡Cómo a las madres, Dios mío,
Les haces volar al cielo,
Y a los hijos en el suelo
Les dejas muertos de frío?
Oh Señor Omnipotente,
Las madres son necesarias:
Debieran ser centenarias
O vivir eternamente.
Mas ¿a qué fin escudriño
Tu infinito pensamiento.
Si mi pobre entendimiento
Es más débil que el de un niño?
Tu Providencia divina
A las flores hechiceras
Las adorna en las praderas
Con belleza peregrina;
Y al ave, que el firmamento
Traspasa, en rápido vuelo,
Das armonía y consuelo
Y el necesario sustento.
A los huérfanos ampara;
Y a los tristes y afligidos,

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Que lanzan tiernos gemidos,
Pronto consuelo depara.

Lucía. ¡No nos dejes sin consuelo!

Ana. El buen Dios se ha de apiadar.

Lucía. Y a mi Carlos, en el Cielo,
Con amor le ha de premiar.

Ana. ¡Qué bueno es Carlos, Lucía.

Lucía. Cuántas veces te decía,
Con acento justiciero:
Carlos es un caballero.

Ana. Ya todos lo reconocen
Y lo tienen por valiente;
Y quieren que los dos gocen
De la vida juntamente
Llevando la misma suerte,
Hasta ir a dar en la muerte.
O, con mejor testimonio,
Quieren que unidos los dos
Sean bendecidos por Dios
En el santo matrimonio!

Lucía. ¿Tan pronto así se han cambiado?
¿No era un triste molinero,
Un haragán pordiosero,
Un pobretón remendado?

Ana. Es que el tiempo o la fortuna
Suelen de opinión mudar;
Y no hay opinión ninguna
Que al fin no venga a cambiar.
Yo misma la escuché a Diego,
Que decía, conmovido,
Carlos debe ser marido
De Lucía, desde luego.
Y bien sabes que *D*iego antes
Al molinero le odiaba
Y su nombre rechazaba

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Con horrorosos desplantes.

Lucía. ¿Con qué así dijo papá?

Ana. Ni sabes cuánto le admira,
Y por él hasta delira
Por donde quiera que va:
Le llama sù salvador,
Su bien, su vida y lucero,
Su intrépido molinero,
Su padre y su protector.
Y así; no encuentra expresiones
Para lanzar a la fama,
Del único hijo, a quien ama,
Sus magníficas acciones.

Lucía. Todo esto ya lo sabía
¿Puede acaso eternamente
La negra nube rugiente
Ocultar la luz del día?

Ana. En cambio, nadie ni el nombre
Quiere escuchar de ese Juan.

Lucía. No me hables, Ana, de ese hombre.
Con qué frenético afán
Me decía cuántas veces
Que me amaba hasta el delirio;
Y que de este amor las creces
Le iban llevando al martirio.
Mintió con palabra vana,
El rato del peligro huyó,
Como muerta me dejó
Aquella triste mañana.
Triste, no porque el se fué;
Sino por el cataclismo,
Que arrojó en el hondo abismo
Al pueblo a quien siempre amé.

Ana. Todos saben muy bien eso
Y no quieren su regreso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ESCENA II

Lucía, Ana, Ramón.

Ramón. No piensan ni en almorzar,
Endulzadas en charlar,
Ocupadas en tonteras,
Queriendo ser molineras
Cuando el molino ya no hay;
Porque con fuerte fragor
Le hizo trizas el temblor,
Y el río le cargó ¡ay! ¡ay!
Que así muriera el molino
De nuestro triste destino,
Para que con su inclemencia
No nos muela la paciencia.
Nuestra vida es un molino,
Nuestros días son los granos,
Ya pesados, ya livianos,
Molidos por el destino.

Lucía. Eres, Ramón, charlatán.
Ramón. Pero no como tu Juan.
Ana. Si no sabes ni lo que hablas
Lucía. Y si sabes ¡Qué es destino?
Ramón. Es la piedra de molino
Con una rueda de tablas.
Es tener rico borrego,
Escogido con primor
Por el administrador
De Leito para don Diego.
Y si quieren saber más,
Denme primero el almuerzo;
Porque de hambre ya me tuerzo,
Y es muy de día ademas;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Que mi estómago es molino
Y está abierta la compuerta,
La tolva también abierta,
Y listo a moler bien fino.

ESCENA III

Dichos, Carlos, que entra con el palo, con el que, con Daniel harán la cruz.

Ramón. Carlos, qué a tiempo vienes;
Quizás por tu amor comamos
Y de hambre no nos muramos.
Carlos. Tan prouto hambre, Ramón, tienes?
Ana. No piensa sino en comer.
Ramón. Como ustedes noche y día.
Con necia chocantería
En el molino y moler.
Carlos. Todavía es de mañana
Y el sol en nítida lumbre
Principia a dorar la cumbre
Con luz de púrpura y grana.
Y ya vamos a elegir
El lugar en que amorosa
Se alzará la cruz airosa,
Que nos ha de bendecir.
Junto a la cruz de madera,
Las chozas levantaremos,
Donde nos guarecerémos,
Bajo la paz verdadera.
Ella ha de ser el consuelo
Y la luz en el camino
De nuestro mortal destino
Hasta que entremos al Cielo.
Lucía. ¡Qué bueno eres, Carlos míol

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ana. Qué noble tu corazón,
Que mostró gigante brío
Con tu poderosa acción.

Lucía. Si antes, Carlos, yo te amaba,
Con mi corazón rendido,
Del que hice afanosa un nido,
En donde tu amor cantaba;
Ahora lo pongo en tus manos,
Sin las que la hambrienta muerte
Me hubiera, con cetro fuerte,
Entregado a los gusanos.
No sé como ponderar
Tu amor y tu valentía;
Pues no halla la lengua mía
Expresiones para hablar.
Si con el sol te comparo,
Que disipa los nublados,
En escuadrones formados,
Con su brillo inmenso y raro;
Te encuentro más luminoso;
Porque veo que más arde,
De la mañana a la tarde,
Tu corazón valeroso.
Y es pequeño el Chimborazo,
El coloso de los Andes,
Ante las hazañas grandes,
Realizadas con tu brazo.

Ramón. ¡Toma la bomba! ¡Qué suerte
Ser este hombre más altazo
Que el nevado Chimborazo!
Esto no es ni conocerte.
Si yo no te conociera
Me contaran este cuento;
Pero te veo y te siento
Que eres de un porte cualquiera.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y si Lucía se queja,
Ponte no más a mi lado
Y te verás elevado
A lo más hasta mi oreja.
La mujer que arde en amor,
Sin sentir se vuelve loca,
Y le salen con primor
Las mentiras de la boca.

Ana. Sírvate, Ramón, de escudo
De tu ignorancia, el ser mudo.

Ramón. Si fuera mudo no hablara
Y callado me quedara;
Pero me causan siempre ira
La adulación y mentira.

Lucía. ¿No es en verdad heroísmo
Solo, con monstruos luchar,
Que le pueden sepultar
De la muerte en el abismo?
Monstruos terribles, horrendos,
Ríos, montañas, volcanes,
Enfurecidos titanes,
De aspectos negros tremendos.
Tu nombre grabar quisièra
En el alto firmamento
Para que, con mi contento,
Leído de todos fuera.
Y más alto todavía
Lo quisiera yo escribir:
En Dios que es nuestra alegría,
Y que nos ha hecho vivir.

Carlos. A Dios la gloria es debida,
Que nos ha dado la vida.
Yo con mi deber cumplí;
Me estimulaba el amor;
Hice pues, lo que debí,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y me creo satisfecho.
Este día en mi memoria
Le recordaré con gloria
Y regocijado pecho.
De otra manera, Lucía,
Fuera, en verdad, mentiroso,
Fuera monstruo cavernoso,
Indigno de ver el día.
Bien sabes que al separarnos
De tu casa aquella tarde
No fué nunca por cobarde,
Ni para dejar de amarnos.
Debíamos, como en el cielo
Lucen lejos dos estrellas
Resplandecientes y bellas,
Vivir los dos en el suelo,
Inmensamente distantes,
De Diego por el querer,
Brillando en el padecer
Con destellos rutilantes.
Mi conciencia delicada
Debía de respetar
La sentencia singular
De Diego, como sagrada.
Y me encaminé al Oriente
En los brazos del tormento;
Y debías tú al convento
Partir al día siguiente.
Pero todo se cambió:
Ibas triste a dar tu mano
Al forastero de Huano,
Y el terremoto llegó.

Lucía. Altos designios de Dios
Que mandó este cataclismo,
Que hundió todo en el abismo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ana. Y les dió vida a los dos.

ESCENA IV

Dichos, Daniel, que entra con el palo, que ha de servir de brazo transversal de la Cruz, y con una vena en la mano.

Daniel. En nuestra azotada tierra
Ha sido imposible hallar
Ninguna azuela ni sierra
Para la cruz arreglar.
Así que este capulí
Te traigo quizás no en vano
Para hacer con el manzano,
Que ya tú tienes aquí.
El padre García espera
Que la cruz esté formada
Para verla levantada
Amorosa a la alta esfera.
Ella con amantes brazos
Cobijará compasiva
A la gente, que está viva,
Y a la que, entre los pedazos
De la aldea, fué arrastrada,
En aquel dia sombrío,
Por el turbulento río
Con ira desenfrenada.

Carlos. ¿No tienes ningún cordel?

Daniel. Sólo esta vena sencilla
De pomposa granadilla.

Carlos. Sí puede servir, Daniel.
(*Arreglan la Cruz. Ya que está terminada dice Lucía*).
Yo la cinta me desato,
Que adorna mi cabellera

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Para que sirva siquiera
A la cruz de adorno grato.
Doy también, Carlos, las flores,
Que me diste esta mañana,
Con que el campo se engalana
Para cantar sus amores.

Ana. Yo el ejemplo de Lucía
Sigo con el alma mía.

Ramón. Esto sí que es hermosura,
Y me da mucha ternura.

ESCENA V

Dichos, padre García, Diego, pueblo.

P. García. Entre estas breñas y riscos
Clavemos la cruz bendita,
Al lado de estos apriscos,
Para luego hacer la ermita
De estacas y paja a prisa,
Donde se pueda siquiera,
De alguna pobre manera,
Celebrar la santa misa.
En nuestra desgracia horrenda
Será la hostia consagrada,
De blancura inmaculada,
De consuelo firme prenda.
La ira del Señor, un día,
Se desató portentosa,
Más que el rayo pavorosa,
Aterradora y sombría.
Y mandó sobre la tierra
El diluvio destructor,
Que sepultó asolador
La llanura y la alta sierra.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El mundo entero anegó
El diluvio universal;
Pereció todo mortal;
Sólo el Arca se salvó.
Después que salió Noé
Del Arca, inmediatamente
Arregló, aunque pobremente,
Un altar con firme fé;
En donde con humildad
Le hizo a Dios un sacrificio
Para que hiciera propicio
Brillar la felicidad.
Y el Dios de inmensa bondad,
Autor de todo consuelo
Puso el Iris en el cielo,
Como prenda de amistad.
Hasta donde se dilate
El tiempo en su movimiento
Esta cruz será el cimiento
Firmísimo de Patate.

Carlos. Pero aquí la población,
Padre, no se ha de quedar.
Diego. Imposible soportar
De rocas la agrupación.
P. García. Serán los meses muy breves,
Que aquí permanecemos;
Y así, pronto dejaremos
Estas tristes chozas leves.
Muy quebrado es este suelo,
Inclinado por demás,
Apto para el desconsuelo;
Mas para vivir; jamás.
Quizás más tarde don Juan,
De aquí de Pitula dueño,
Vencido por nuestro empeño

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y nunca dormido afán,
Al norte, algo más arriba,
El llano grande nos venda
Para hacer nuestra vivienda
Con velocidad activa.
Entonces en ese suelo
La iglesia edificaremos
Y una torre formaremos.
Que altiva nos muestre el cielo.

Daniel. Por allí anda un pastorcito
En busca del señor Cura,
De simpática figura,
Metido en pieles, chiquito.

P, García. ¿Y qué es lo que quiere?

Daniel. Hablar.

P. García Que venga inmediatamente.

ESCENA VI

Dichos, pastorcito, acompañado de su perro.

Pastorcito. Mi padre, devotamente
Vengo una cosa avisar.
Pastaba yo el otro día
Mis ovejas en el prado;
Cuando estando descuidado
Me parecía que oía
La voz de una campanilla.
No hice, padre, ningún caso.
Oigo otro campanillazo,
Y veo, con maravilla,
Que las ovejas reunidas
Una corona formaban,
Y de allí no se alejaban,
Porque estaban conmovidas.
Un día tras otro día

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Este sonido escuché,
Y lo mismo presencié
Inundado de alegría.
Y vagando a la ventura
Parece que alguien me dice
Que inmediatamente avise
Lo que he visto al señor Cura.

P. García. Estás, chico, delirando;
Lo que me cuentas no es cierto
Parece que estás soñando.

Pastorcito. Estuve y estoy despierto.

P. García. ¿Oíste bien?

Pastorcito. Si lo oí.

P. García. ¿Qué fué lo que oíste? Dí.

Pastorcito. La voz de la campanilla.

P. García. ¿Y cuál fué la maravilla?

Pastorcito. Ver que todas las ovejas
Formaban una corona.

P. García. Del sueño llevar te dejas.

Pastorcito. Vengan a ver, en persona,
Y toquen con propia mano
De la Merced en el llano

ESCENA VII

Dichos, menos el pastorcito.

Diego. Algún aviso del cielo
Puede ser para Patate;
No será pues, disparate
Lo que cuenta el pastorzuelo.

P. García. Puede estar él engañado,
O creer en lo que ha soñado.

Carlos. Nunca por demás sería
Ir a ver, padre García.
El Dios de amor apiadado
De nuestra desgracia horrenda

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Puede ser que nos atienda
Con un favor señalado.
Vamos a ver con presteza
Esta solemne rareza.

P. García. Puede ser del pastor sueño,
No hagamos ningún empeño.

Ramón. Al pastorzuelo de ovejas
Le diera un tirón de orejas,
Y no volviera otra vez
A poner aquí los pies.

ESCENA VIII

Dichos, pastorcito, acompañado de su perro.

Pastorcito. Me iba para mi cabaña,
Que está al pié de esa montaña;
Cuando en el mismo lugar
Oigo otra vez resonar
Alegre la campanilla;
Y lo que es más maravilla,
Sin querer y a la ventura,
Me vuelvo onde el señor Cura
A decirle humildemente
Que se venga con su gente;
Que algún prodigio del cielo
Puede haber en ese suelo.

P. García. Oye, chico, si me mientes,
En el llano te doy tres.
¿Sólo así me voy ¿Consientes?

Pastorcito. ¡Cómo nó! Aunque sea diez.

Ramón. Padre Mariano, de un brinco
Hay que darle veinticinco,
Y con brazo poderoso
A que no sea mentiroso.

Pastorcito. Nunca puedo yo mentir
En lo que vengo a decir.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

P. García. Vamos, chiquillo. Adelanta
Si el castigo no te espanta. [*Se van todos; menos Lucía y Ana.*)

ESCENA IX

Lucía, Ana.

Lucía. Creo que algo portentoso
Dios nos quiere demostrar
Con el toque misterioso,
Que se escucha resonar.
Ana. El Señor del alto Cielo
A los tristes y afligidos,
En la desgracia sumidos,
Quiere darnos un consuelo.
Lucía. ¿No será tan sólo sueño
Lo que ha escuchado el pastor?
Ana. No tuviera tanto empeño
El chiquillo encantador.

ESCENA X

Lucía, Ana, Juan.

Juan. Qué encanto, bella Luía,
Encontrarte todavía
Que estás hermosa viviendo;
Pues el terremoto horrendo
Creí que te había enterrado;
Y yo, aliá, en mi triste Huano,
Con mi tormento tirano,
Lloraba desconsolado
Mi pobre y lóbrega suerte,
Que, estando para casarnos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Vino cruel a separarnos
Entregándote a la muerte.
Así que supe que viva
Te habían desenterrado,
Monté a caballo. Apurado,
Y encendido en llama viva
De amor, salvé la distancia
Para volver nuevamente
A percibir dulcemente
De tu virtud la fragancia.
Vengo del lloroso Huano,
Que ha sido desbaratado
Por el temblor irritado,
Para que me des tu mano.

Lucía. Es inútil; tu fortuna,
Antes que casada verte
Conmigo, puede ponerte
De habitante de la luna.
Es imposible tu empeño,
Es vano tu loco afán;
Porque bien lo sabes, Juan,
Que es Carlos mi dulce dueño.

Ana. Ni cara debías tener
Para a Patate volver.
Carlos la desenterró,
La victoria consiguió.

Juan. Era no más de que muera
Esta corazón de fiera. (*Dirigiéndose a Ana.*)

ESCENA XI

Dichos, Carlos.

Carlos. Mía propia es la victoria,
Mía la radiante gloria;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Porque tuve yo la suerte
De arrancarle de la muerte
A mi Lucía adorada,
Que se hallaba sepultada
En los trágicos escombros,
La volví a luz del día
¿De quién debe ser Lucía?

Lucía. Tuya, Carlos, solamente,
Tuya soy eternamente.

Carlos. En presencia del Señor,
Que hoy día lo hemos hallado,
En un llano sepultado
Vamos a unir nuestro amor.
Es el Dios de la Pasión,
Tiene sus sienes divinas
Coronadas con espinas,
Y descansa en un sillón;
Y a sus pies, pobre y sencilla
La sonora campanilla.
Del pueblo entre el alboroto,
Se oyó decir, con amor:
Alabado sea el Señor,
El Señor del Terremoto.
Vamos al encuentro.

Lucía y Ana. Vamos.

(*Salen Carlos y Ana. Va a salir Lucía; pero le detiene la voz de Juan*)

ESCENA XII

Lucía, Juan.

Juan. ¿Vas a ser, bella Lucía,
De tu palabra perjura;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y así abrir mi sepultura,
Con monstruosa tiranía?
Vengo cansado, de lejos,
Porque tu dulce mirada,
Ardorosa y sosegada,
Me alumbre con sus reflejos.
Y al verme, tus bellos ojos
Se cubren de indignación
Y rompen mi corazón
Con sus terribles enojos.
Del sol por la ~~clara~~ lumbre (pura)
Por tus huertos y montañas,
Conmuévanse las entrañas
De tu alma insensible y dura.
¿Te muestras sorda a mi ruego?
¿No te apiadas de mi llanto?
¿No miras mi hondo quebranto?
¿No ves de mi pecho el fuego?
¿Díme, si roca insalubre,
Vomitada por la fragua
De tu fiero Tungurahua
A tu corazón le cubre?
¿Llevas dentro de tu pecho
De eterna nieve un pedazo
Del altivo Chimborazo,
Que no es por el sol deshecho?
¿Dime, si te amamantaron
Con su leche las panteras,
O si las serpientes fieras
Tu tierno sueño arrullaron?

Lucía. Me dices que soy serpiente,
Que soy horrenda pantera;
Déjame que ame siquiera
A quien quiero libremente.
¿Acaso a cualquier amor

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se debe correspondencia?
Que si hubiera esta exigencia
El mundo fuera un horror.
La ira encendida de Dios
Cuando el sí dije, por miedo,
Nos separó con su dedo
Perpetuamente a los dos.
Habló Dios con claridad;
Callemos con humildad. (*Se va*)

ESCENA XIII

Juan

Me voy de esta soledad,
En donde nadie me quiere,
Donde de frío se muere,
En horrenda oscuridad.
Quédense al fin inclementes
Esos huertos maldecidos,
Donde se ocultan los nidos
De venenosas serpientes.
Allá en mi tierra, querido
Soy de todas las chiquillas,
A las diez mil maravillas,
Con amor harto encendido.
Nadie de mí se ha burlado,
Ni causado padecer,
Y aquí esa simple mujer,
Con horror me ha despreciado.
En tu tétrica guarida
Te dejo espantosa fiera,
Hiena, tigre, vil pantera,
Que despedazas mi vida. (*Sale*)

CASA DE LA CULTURA ... BIBLIOTECA NACIONAL ... QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ESCENA XIV

Carlos y Lucía conducen en hombros al Señor del Terremoto. P. García, etc., pueblo que canta. El pastorcillo a la cabeza haciendo sonar la campanilla.

CORO

Tú eres mi Rey, oh Dios hallado,
Bajo la tierra por mi amor,
Tú eres mi Rey, alborozado
Canta Patate con fervor.

SOLO

Cual si de amor fueras mendigo
Me pides sólo el corazón,
Aquí lo tienes, dulce amigo,
Yo te lo doy, con devoción.

En las riberas del Patate,
Compadecido del dolor,
Que gigantesco al pueblo abate
Te apareciste, con amor.

Cuando rugiendo el Tungurahua
Haga la tierra estremecer,
Tu apagarás la ardiente fragua
Y no vendremos a perecer.

Cuando con voz aterradora
El monte brame de impiedad
En Tí mi Patria encantadora
Encontrará paz y piedad.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

P. García. Esta imagen portentosa
Para Patate será
La luz clara, esplendorosa,
Que amante le guiará,
Por este mísero suelo
Hasta la Patria del Cielo.
Inclinad vuestras cabezas,
Restos de un pueblo cristiano,
Ante vuestro Soberano,
Que viendo vuestras tristezas,
Llevado de inmenso amor,
Quiere, en vuestra desventura,
Ser consuelo en la amargura
Y esperanza en el dolor.
Vedle cuál lo hemos hallado,
Al que es la dicha del Cielo,
En nuestro abatido suelo,
En un llano sepultado:
En la diestra está la caña
Y una corona en la frente,
Que le puso irreverente
La soldadesca con saña.
Un viejo y rotoso manto
Tiene de colores rojos,
Y muestra los tristes ojos,
Como bañados en llanto.
En medio de la desgracia
Y del negro y hondo duelo,
Viene a ser nuestro consuelo
Y alumbrarnos con su gracia.
Cuando el volcán iracundo
Lance sus fuertes rugidos,
Como si fueran gemidos
Del agonizante mundo,
Entre el ruido y alboroto,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El pesar y confusión,
Levantad el corazón
Al Señor del Terremoto.
Y El, al veros, amoroso,
Que le clamais con afán,
Con su dedo poderoso,
Le hará calmar al volcán.
Cuando el cielo endurecido
No dé lluvias a la tierra,
Cuando suene enfurecido
El fuerte clarín de guerra,
Y asomen, en negras huestes,
Con su cara descarnada,
Y repugnante mirada,
Tremendas y atroces pestes;
Con el pecho triste y roto,
En vuestras horas de duelo,
Id a pedir el consuelo
Al Señor del Terremoto.
Y El, que es víctima de amor,
Escuchará la oración,
Brotada del corazón,
Herido por el dolor.
Es el Iris por Dios puesto
En nuestro azul firmamento
Para causarnos contento
Con amor bien manifiesto.

Diego. En presencia del Señor,
A mi Carlos y Lucía,
Con los lazos del amor,
Unales, padre García.

P. García. Dios os dé su bendición
En el santo matrimonio,
Y os conceda, en testimonio
De su amor, su protección.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sea larga vuestra vida,
Sin espinas y florida,
Hasta que de aquí del suelo
Os lleve al hermoso Cielo.

TELON

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

FE DE ERRATAS

Pág. 30, verso 8° dice *sabrías.* Léase *sabías.*
„ 40, „ 10° „ *ombros.* „ *escombros.*
„ 44, estrofa 3ª, verso 3° dice *sumergida.* Léase *convertida.*
„ 50, verso 20° dice *Quedará.* Léase *Quedara.*
„ 52, en el sexto verso, la coma está demás después de Baltazar.
„ 53, verso 8° dice *paquetito.* Léase *poquito.*
„ 59, cuatro versos antes del fin dice *halle.* Léase *hallé.*
„ 61, verso 9° dice Es la vida ilusión. Léase Es la vida *una* ilusión.
„ 62, verso 18° dice *trisre.* Léase *triste.*
„ 63, la penúltima linea dice *huernos.* Léase *huérfanos.*
„ 66, verso 11° dice *Pura.* Léase *Para.*
„ 68, cuarta linea, dice *o.* Léase *yo.*
„ 69, Después del penúltimo verso añádase: *Que me infundia valor.*
„ 80, verso 11° dice *Del sol por la clara lumbre.* Léase. *Del sol por la lumbre pura.*
„ 80, cinco versos antes del fin, dice *De dices.* Lease *Me dices.*

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

FECHA DE DEVOLUCION

860-2(866)Rodriguez 6851-'91
R696a Rodriguez,Antonio S.,Pbro
Ej.2 El terremoto:leyenda sobre la destrucción de Patate,acaecida...

FECHA	LLEVADO POR

860-2(866)Rodriguez 6851-'91
R696a Rodriguez,Antonio S.,Pbro
Ej.2 El terremoto:leyenda sobre la destrucción de patate,acaecida...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo